nores inmerecidos á ese malvado que tanta sangre ha hecho que se derrame.

Luego que desapareció la federacion, ya no tuvo límite la licencia de este hombre; se abalanzó lleno de codicia sobre los caudales de la República: todos saben y han contado las conductas que ha dirigido siempre á Lóndres, viendo á la Nacion como su finca y á nosotros como sus gañanes.

El valiente general Mejía quedaba aún combatiendo; lo abrumó por el número, y sucumbió. Zacatecas la heroica desafió al tirano en medio de su poder, olvidando que los ejércitos no se forman en un dia. Sus heroicos gefes y animosos soldados cedieron, casi sin combatir, la victoria, de que se engalanó el traidor á la federacion, el general Santa-Anna.

Testigos hay de Zacatecas de los escandalosos robos que ahí se hicieron: carros cargados de barras de plata fueron sacados por Santa-Anna y conducidos á Manga de Clavo!! El Fresnillo fué casi suyo, y á esos robos á la federacion debe Santa-Anna tener hoy mas de tres millones de pesos en el banco de Lóndres.

La bondad de los mexicanos ya toca en sandez. ¡Querer que Santa-Anna, que *es déspota y arbitrario por génio y por hábito*, respete y restablezca la federacion! Eso seria conseguir que el gavilan y la paloma se unan, que los cuadrúpedos habiten el mar y los peces la tierra. ¿Cuándo se verán en sí las cosas y no las personas?

Llegó á infatuarse tanto Santa-Anna despues de Zacatecas, que francamente, se esperaba su coronacion, porque se ha pelado las barbas por ponerse una corona, aunque fuera de cobre dorado.

Para este objeto quiso ir á Tejas y agobiar con el número á cosa de 700 hombres de armas, que al principio, alarmados por la caida de la federacion, se insurreccionaron. ¡Atencion! Santa-Anna es el orígen de todo lo que hoy sufrimos.

No pudo con 6.000 hombres sujetar á 700 labradores armados. Su fatuidad era tanta, que creyó acabarlo todo con llegar á Bejar, donde le llamaron la atencion cosa de 200 hombres fortificados en el Alamo. ¿Qué necesidad habia de que se sacrificaran mas de 600 mexicanos por solo pasar á cuchillo á 150 tejanos? Esos hombres no tenian víveres: con dejar 1.000 hombres sitiándolos, no hubieran costado tan buenos soldados. La Nacion debió enjuiciar al general Santa-Anna por esa falta, y por la crueldad con que trató á los rendidos para hacer mas fuertes á sus contrarios.

Los horrorosos asesinatos frios de los trescientos colonos

en Goliat, todavia erizan los cabellos á los magnánimos y dulces mexicanos, y hubieron de encender el fuego de la venganza en todo el Norte. A Santa-Anna le debemos esto y el título de bárbaros con que nos regalan todos los que no son comparables en bondad y virtudes á esta Nacion magnánima, digna de ser próspera y feliz.

La ambicion ciega de este hombre, Santa-Anna, lo hizo encelarse de los progresos del general Urrea, y he aquí que se lanza al desierto sin los víveres necesarios. El general tejano se retiraba precipitado hácia el Sabino; pero Santa-Anna quiso mejor hechos de armas que ventajas, y se precipitó como un cadete con una vanguardia de 700 hombres *escogidos* con solo una pieza de artillería, y sin caballería!!! ¡Atencion, militares! ¡Aprended al maestro de la guerra, al Napoleon de América! Consigue parar á Huston, y entonces se refuerza Santa-Anna con otros 600 hombres. ¡Pobres labradores tejanos mal armados y llenos de terror! 1.100 hombres escogidos tenian al frente. El leon dormia seguro de su presa. Esos pastores se echaron sobre el *Nuevo* Napoleon, y como quien tira una baraja que los muchachos paran sobre una mesa, así desaparece la falanje del héroe, que aunque dormido fué el primero en correr á todo trapo. Hubo valientes que hicieron honor á Méjico, quedando muertos ó prisioneros en el campo; pero nuestro héroe fué cogido á prodigiosa distancia del campo de batalla, vestido con un traje de carnestolendas que á todos causó befa. ¿Donde hallaria *Antonio I* un leviton que le arrastraba y el sombrero de un cuákero?

Así lo presentaron al general vencedor que no conocia á este figuron; y á no ser por Zavala, hijo, no lo hubieran conocido.

¡Qué porcion de degradaciones, de bajezas de intrigas y de traiciones se siguieron de aquí! No fué digno este hombre de representar el papel de presidente de México: á esto se debe atribuir el desprecio que formaron de nosotros los americanos, que nos temian hasta entonces, teniendo otro concepto de nuestro aguerrido ejército.

¿A qué fué la bajeza de ofrecer la paz y los límites del Bravo? ¿Qué, un héroe hace fullerías? ¿Para qué depositar una cantidad de dinero en garantía del reconocimiento de la independencia? ¿Para qué hacer que se retirara el ejército numeroso en mas de cuatro mil hombres? ¿A qué, en fin, era rendir vasallaje á Washington, un hombre que se titulaba presidente de México?

¡Oprobio para nosotros! vergüenza para el ejército! ¿Dón-

de está el proceso que debió formársele á este mal mexicano y traidor presidente? La pérdida de Tejas y sus consecuencias son sin duda por su culpa, por su impericia; porque no supo preferir su deber á la muerte: ¡se salvó posponiendo al honor y á la patria! ¿Estos son los héroes de por acá? Sí: así debe ser en la creencia de los que dan ese título á un mal ciudadano, pésimo soldado: á un hombre sin conciencia, sin fe, sin valor y sin vergüenza. . . . . .

Antes de concluir la época desgraciada del ejército de 836, no debemos pasar en silencio otro crímen de ese hombre prostituido á la vez que hipócrita. En los dias que estuvo en San Antonio Béjar, se enamoró perdidamente de una muchacha de gran hermosura, nacida allí. Sus satélites y rufianes de de banda verde hicieron todas las maldades y sugestiones imaginables, y la virtuosa bejareña á todo fué inexorable. A nadie le habia ocurrido la maldad que á Santa-Anna: dispuso llamar á la madre y tratar de un formal matrimonio con su bellísima hija: de este modo se allanó la infeliz madre y se decidió la muchacha.

Se prepara un asistente de buena presencia, se abre corona y se viste de capellan: asisten de testigos los generales Batres y Castrillon, y con burla de la religion, del honor, de la moral y del alto puesto que ese lépero de Santa-Anna tenia para nuestro oprobio, se cree la infeliz jóven presidenta de la República, y de esta manera pierde su virginidad defendida con valor!! . . . .

Las consecuencias fueron terribles: la honrada madre murió de la pesadumbre, y la muchacha fué conducida á México; despues regalada á un oficial, á quien se hizo coronel para que se casara con ella. ¡Cuántos crímenes en uno! ¡la perfidia, la infamia, y robar á la Nacion por ocultar una maldad horrenda, poniendo de coronel á un hombre que recibe con el despacho los despojos del sultan de América. . . . . !

¿De qué crímenes no es capaz un hipócrita sin religion, sin fe, sin decencia y sin ningun resorte que contenga su desenfreno? ¿Y esto se sufre, y á éste no se le ahorca, sino que se pone esta infeliz Nacion en sus manos y espera de él que nos salve? ¡Dios de bondad, defiende á México, porque ese hombre no hará sino cobardías, fullerías, crímenes y traiciones!

Despues de su vergonzosa caida, vino como un zorro, haciendo del humilde: se metió en su hacienda, y echó tiempo encima de sus porquerías y maldades, atizbando la ocasion de rehacerse de todo el tiempo que perdia.

En la época de su cautiverio se estaba formando una constitucion, hecha á la medida del genio de Santa Anna; vestido que, acabado, se lo plantaron al honrado y valiente general Bustamante: no le vino el vestido necesariamente, y de un inconveniente en otro nuevo, tuvo esa época miles de vicisitudes y revueltas, en las que no tuvo nuestro Santa-Anna lugar de ponerse á la cabeza.

Llegó en esto la época desgraciada de la guerra con la Francia y toma del castillo de Ulúa por el almirante Baudin.

El Sr. Bustamante, que no abriga venganzas jamás, creyó que Santa-Anna seria útil en tal conflicto: relevan al Sr. Rincon, y precipitadamente le dan el mando á Santa-Anna: desde ese momento comenzó la farsa. Las fortificaciones bien combinadas y de un trabajo inmenso hechas por el hábil general Rincon, fueron despreciadas: fué despreciada la fe de una tregua y todo puesto en barullo. Quiso coger prisionero al príncipe Joinville, que de incógnito se paseaba en Veracruz: escapó éste, y preparó en venganza el asalto de la plaza, en que no pensaba.

No se ha podido nadie de los habitantes de Veracruz hacer cargo de cuál fué el plan de campaña de Santa-Anna. Este general tiene por sistema no tener ninguno, esplicando los sucesos despues de sus resultados; seguro camino de los charlatanes y farsantes en todas las ciencias.

Unos afirman que habian sido abandonados los baluartes, otros que no; lo cierto es que los franceses, en la madrugada del 5 de Diciembre de 838, asaltaron la plaza, se hicieron de todos los baluartes, tomaron prisionero al general Arista en la misma habitacion del general en gefe Santa-Anna, que se hallaba en el centro de la ciudad, y dicho general en gefe tuvo que salir *en cueros* por las calles de Veracruz, y corriendo no se halló seguro que hasta el Matadero, pues no quiso quedarse en el cuartel donde se habia reunido la guarnicion.

Los franceses quedaron abismados de haberse hecho de mas de 60 piezas de artillería, de todo el parque de la plaza y de mas de 3.000 fusiles que hallaron en los almacenes de la escuela práctica, sin haber oido un tiro de cañon en dos horas despues del asalto. Destruyeron los montajes de la artillería, inutilizaron las piezas y todo el parque, quebraron los 3.000 fusiles y se retiraron, habiendo atacado el cuartel de la Merced, estremo al Poniente de la ciudad, donde no lograron ventaja alguna.

Estaban ya todos embarcados, despues de haber desmantelado la plaza de Veracruz, cuando Santa-Anna, para aparentar que los lanzaba de la plaza, salió con una columna de infantería y tambor batiente, para decir aquí voy, y llegó al

muelle. Se infiere con bastante claridad que no habia ya franceses en toda la ciudad, porque la columna que conducia Santa-Anna no tiró un tiro desde un estremo á otro de Veracruz, y llegó hasta la puerta del muelle: allí estaba un cañon que fué disparado al mirar á los primeros que se asomaron á la puerta: entre los que mató ó hirió, fué uno de ellos el general Santa-Anna, que se asomó contra la esquina de la aduana: al fogonazo escondió su cuerpo y *olvidó* una pierna que fué herida de metralla.

Cuarenta lanchas cañoneras con piezas de á 24 hicieron en seguida fuego sobre el muelle, y nuestras tropas, que no llevaban ni un cañon, se retiraron conmovidas por los alaridos que daba el héroe Santa-Anna, que no podia soportar el dolor de su herida.

Los franceses se fueron á sus buques, y nuestras tropas abandonaron la plaza, llevándose al héroe Santa-Anna para los Médanos.

He aquí lo que abrió el nuevo imperio de Santa-Anna y su instalacion en la sociedad despues de las *glorias* de San Jacinto.

Dictó una ridícula carta que conmovió á la Nacion, porque creyó que era verdad lo que decia, y en seguida escandalizó todo el campo por los enormes gritos que dió cuando lo amputaron.

Todos de buena fe han creido, y yo entre ellos, que Santa-Anna habia triunfado de los franceses, echándolos de Veracruz: todos se han desengañado despues de la farsa de ese truhan; pero han querido quedar engañados, porque les duele, como á mí, que no hubiera sido cierto lo que nos contó Santa-Anna á la orilla de la tumba, como él decia.

Los franceses no querian conservar Veracruz, porque no tenian mas que marineros y no tropa de tierra: querian vengarse de Santa-Anna, porque faltando á la fe de una tregua, quiso aprisionar al príncipe que estaba en Veracruz. Es cosa que pertenece ya á la historia, y se puede investigar, porque no tenemos hoy motivo alguno para ocultar lo que entonces era debido desfigurar y poner en nuestro favor porque no decayera el espíritu público.

Ese hecho de Veracruz, digno de un consejo de guerra para Santa-Anna, por sus innumerables faltas, le volvió su prestigio y lo puso en la presidencia interina en 1840, en que el Sr. Bustamante salió á pacificar los Departamentos de Oriente, en los que el valiente general Mejía, siempre constante en defensa de la carta federal, luchaba por su restablecimiento.

Al dirigirse las tropas para Tampico, el intrépido y hábil general Mejía, de acuerdo en Puebla con algunos generales, mas principales, que le faltaron, se decidió á internarse hácia la capital, fiado en las ofertas y compromisos de pueblos enteros. Santa-Anna entonces sale de México: el general Valencia obtiene una victoria en Acajete, y cae prisionero el infortunado general Mejía, ó mejor dicho, el héroe, el mejor caudillo de la libertad.

El general Santa-Anna que, como todo cobarde, es cruel, hizo fusilar á este distinguido mexicano, *sin formacion* de causa, sin oirlo, sin que recayera fallo alguno. Eso se llama asesinar; eso lo castigan las leyes en todos los paises con la muerte del que lo ejecuta.

El general Mejía en el patíbulo, á que lo condenó su enemigo Santa-Anna por una simple órden, mostró el valor de un Ney. ¡Ah, si un militar tan sabio y valiente poseyéramos hoy! ¡Lo arrebató la venganza y el miedo que le tenia Santa-Anna! Sus amigos y los de la federacion sabrán algun dia volver sangre por sangre, uniendo la execracion del asesino del general republicano D. José Antonio Mejía.

No solo ese ciudadano distinguido ha sido víctima de eso proteo, lo ha sido tambien el Sr. Farías: este hombre puro y patriota exaltado, no ha tenido otro azote que el malvado Santa-Anna; él lo desterró, lo hizo naufragar, lo ha hecho apurar la copa de la amargura con toda su familia. . . .

¿Cómo esplicaremos, mexicanos, el enigma de ver á este Sr. Farías, siendo hoy un instrumento de ese hombre Santa-Anna, del mas prostituido, ladron y traidor que ha abortado nuestro suelo?

¿Qué esperan de ese déspota los liberales que han sido engañados y vueltos á engañar? ¡Oh ceguedad, ceguedad! ¡serás la precursora de otra série de desgracias unida á multitud de víctimas!!! . . .

Concluidos todos los partidos revolucionarios, volvió el Sr. Bustamante á la presidencia y Santa-Anna á su guarida, dejando preparada la caida del Sr. Bustamante. El general Paredes se pronunció de acuerdo con el general Santa-Anna (1842), y tuvo lugar la caida del gobierno y constitucion de 36, sustituyéndolo la dictadura de Santa-Anna. He aquí la época en que este hombre desató sus venganzas: desterró al Sr. Bustamante, persiguió á otros generales y ciudadanos, y se enorgulleció tanto ó mas que en 836, cuando soñó coronarse y llamarse Antonio I.

El robo descarado, el despotismo sin disimulo y la mas cla-

ra prostitucion se vieron en Santa-Anna y la inmunda nube de ladrones que lo circundaba.

La Nacion sabe lo qüe en esa época de vergüenza se hacia para incensar á tan rudo caudillo.

La estátua de bronce de la Plaza del Volador, se puso para adularlo; pero seguramente algun hombre sagaz quiso, bajo ese título, burlarse del héroe, porque lo puso presidiendo á las verduleras y los pillos de plaza, lugar único que conviene á tal hombre.

El teatro nuevo quiso hacerse que se llamara de *Santa-Anna*, por la adulacion, y se colocó una estátua de yeso en el café, lugar de vaguedad, de charlatanismo, donde seguramente estaba bien colocado nuestro héroe de Carnestolendas.

Los empleos se vieron vendidos al que daba mas, y se daban de bofetadas doña Francisca y su hermano el general Santa-Anna por la mas ó menos parte que les tocaba en la venduta.

Las jóvenes que eran conducidas al sacrificio del sátiro dictador, salian con los acuerdos para los destinos de sus padres y maridos, que las llevaban en cambio. Horror y trabajo cuesta decir todo lo que en ese tiempo se hizo en México por ese hombre fatal que prostituyó el ejército, dando empleos hasta á los lacayos que llevaban los billetes á las prostitutas, de que todos los dias estaba rodeado este hombre lascivo y lleno de todos los vicios.

Se empezaban ya á sentir los síntomas de que no aguantaba mas la Nacion al tirano y éste no sufria al congreso, por lo que dejó el mando en poder de su ayudante el general Canalizo: no se puede llamar de otro modo á este señor, porque le consultaba á Santa-Anna hasta lo mas simple.

Poco aguantó el arbitrario Santa-Anna al moderado congreso de entonces, y sin calcular lo que podia venirle, quiso destruirlo, haciendo preparativos para la guerra de Tejas en que no pensaba. Se conoció su intento, y la Nacion rompió el silencio pronunciando su *hasta aquí*. El 6 de Diciembre fué la señal, y la correspondencia unísona en todos los ángulos de la República que aterró al tirano.

Catorce mil hombres de lo mas lucido y disciplinado del ejército mandaba en persona el cobarde Santa-Anna; abundaba en artillería, parque, y todo lo que podia desear. ¿Qué hizo este fátuo perdonavidas? ¡Llorar todos los dias mojando las casacas de los generales Miñon, Terrés, y otros! ¡Llorar porque su conciencia, su tremendo juez, lo hacia exento de quietud y veia á la Nacion entera maldecirlo y pedir su cabeza!

No un partido solo; los federalistas, los centralistas, los neutrales, los pobres, los ricos, las monjas, en fin, todos, hasta los mismos que fueron chasqueados, comprometidos y abandonados por Santa-Anna, maldijeron su nombre. Trémulo y sin saber á donde huir, cayó en manos de los indios del pequeño pueblo de Jico; hasta allí habia llegado el odio al tirano: estos aldeanos inventaron hacer un *tamal* con Santa-Anna y prenderle fuego!!! ¡Invencion sublime y única con que pagaría tanto mal, tanta sangre, y la ruina de este suelo en que nacimos! El cura convenció á los indios de que no lo quemaran, y he aquí que escapó nuestro azote, nuestro fatal hombre!!! El general Herrera y su decente administracion, no cumplió con el voto nacional; obró con su corazon no con su cabeza, é influyó para la amnistía de Santa-Anna: ¡falta grave de que el Sr. Herrera y cuantos intervinieron en eso responderán á Dios! La Providencia, cansada de sufrir á Santa-Anna, lo orilló á un castigo que evitó el cura de Jico y la falta de valor del Sr. Herrera. ¡Caro costará á la Nacion eso, y todos volverán sus ojos y dirigirán sus reconvenciones al cura de Jico, que no dejó ejecutar la quemazon del solemne *tamal*, y el Sr. Herrera que no satisfizo la vindicta pública!

Sueño parece que Santa-Anna esté en San Luis dictando órdenes, y que el Sr. Farías y los *puros todos* se hallen besando la mano que los azotó.

¡Degradacion sin ejemplo! oprobio y mengua para los hombres sin pudor que aparentan esperar el bien de ese hombre tan conocido, y en quien hasta los niños presagian lo que hará!!! . . . . . .

Era preciso que los santanistas transaran con el mismo diablo por traer á su héroe, porque ya tenian necesidad de él, en razon de que los gastos habian consumido mucha parte de los robos que les repartió su principal cómplice; y los *puros* de puro apurados se agarraron de un tizon ardiendo....

Lo cierto es, que todavía quema, y por eso quiere ese partido débil echarse una nueva mancha de ignominia, nombrando presidente á Santa-Anna, único revoltoso y la primitiva causa del conflicto nacional con los Estados-Unidos.

Recuérdese que fué á Washington á besar la mano á Jackson, presidente de los Estados-Unidos en 1837. Recuérdese su campaña en 836, su espedicion á Yucatan en 843 en lugar de ir á Tejas, y téngase presente su política de hoy!

¡Ah! horroriza la calma con que medita ese hombre fatal nuestra ruina.—He aquí su plan.

Irritado á lo infinito por la derribada de sus estatuas, por

las maldiciones de todos los mexicanos, con que salió execrado, medita su venganza. Quiere afirmar su poder y saciar sus enconos, valiéndose de las circunstancias.

A la cabeza del ejército se halla: si triunfa, con un comandante general cada Estado y una órden del dia, quedará la federacion disuelta, en el tiempo que tarde en poner cuatro renglones; porque los militares que no saben matar yankees, saben oprimir mexicanos, derrotar cívicos y mandar Estados á punta de pié.

Si las ventajas son por los americanos, ¡desgraciados de nosotros! habremos perdido nuestra nacionalidad, nuestra religion, y nuestra raza desaparecerá del continente americano.

¿Qué se espera de un hombre que ha sido, primero, traidor á su patria, tratando con los españoles y recibiendo una crúz de la mano misma de Isabel II; segundo de quien traicionó á Iturbide porque no le dió la mano de doña Nicolasa; tercero, del que combatió contra el triunvirato; cuarto, del que barrenó la federacion en 828; quinto, del que atacó en 832 el gobierno legítimo; sesto, del que en 35 traicionó á la federacion; sétimo, del que en 42 destruyó la segunda constitucion que la República se dió en 836; del que en 44 destruyó el congreso y la tercera constitucion de la República; y octavo, del que en 46, restituye la federacion como único medio de venir al poder?....

¿Y hay rubor, y hay hombres honrados que no les dé vergüenza ser cobardes? Sí, señores; por cobardía, por temor respetan los mexicanos de todas creencias á Santa-Anna; todos en su conciencia conocen sus maldades y sus traiciones; pero tiemblan de su poder, de su descaro en perseguir, y de la inmunda nube de vagos, ineptos, cobardes y ladrones que forman su séquito.

¡El honor se ha huido de entre nosotros! ¡El valor se ha escondido y la vergüenza no existe! lo decimos con dolor y desesperacion. Se trata de elegir presidente á Santa-Anna por miedo; sí, señores, por miedo que le tienen los *puros* y los *moderados*, no porque ignoren sus maldades. Oprobio, vergüenza á tan escogidos hijos de los pueblos!!

Todavia puede ser tiempo; todavía pueden retroceder algunos hombres de honor, de que hay bastantes en el congreso actual, y con un golpe de energía evitar, no solo el nombrar presidente á Santa-Anna, el mas corrompido de los mexicanos, sino relevarlo del mando del ejército, y evitar así la ruina de la Nacion.

Sí, congreso soberano, en nombre de la dolorida patria os

rogamos que no perdais tiempo; relevad á ese traidor que ha entregado á los enemigos la plaza de Tampico, la del Saltillo, que ha dejado á Chihuahua indefensa, que ha dejado á Veracruz y á Tabasco sin tropas.

Que recobre el gobierno sus derechos, que se nombren divisiones para el Norte, para el Sur y para el Oriente.

No sigamos en el error de que un hombre solo mande todo el ejército. Es inútil Santa-Anna para mandar una division sola, ¿cómo podrá mandar en todas direcciones?

Es un error, es un disparate militar que obren diferentes divisiones con diferentes líneas de operaciones, á distancias inmensas, contra diferentes ataques, dirigidas por un general solo. Nada se hará, como nada se hace, y mas si el general del ejército manda y regaña al gobierno de la República.

Santa-Anna ha puesto las divisiones y brigadas en las manos de sus humildes servidores é inútiles partidarios. Ciriaco Vazquez y Lombardini mandan las divisiones de infantería; Miñon y Urrea las de caballería. ¡Por Dios! ¿Estamos locos? De todos solo Miñon vale algo, incluso Santa-Anna y Valencia.

¿Qué hacen en un rincon y perseguidos los hombres de la independencia, los valientes Bravo y Bustamante, Filisola, Herrera y otros acreditados generales?

No se nos increpe diciéndonos que queremos hacer desmayar á la Nacion metiendo la discordia: no, eso es imposible que se crea, cuando se mira á las claras que un vehemente patriotismo nos hace escribir, para que el nuevo gobierno vea lo que hace y salve á la República, haciendo una guerra de actividad y de valor sobre esos americanos que Santa-Anna deja descaradamente poner en conflicto á la Nacion.

Estamos invadidos, el tiempo urge, y ¿qué ha hecho Santa-Anna? ¿Se ha tirado un tiro desde que tomó el mando? ¡Ah, es tan imbécil, que aguarda que allí lo vayan á buscar los americanos! En un Departamento que no es garganta, y que no necesitan tocarlo para invadirnos en todas direcciones, allí ha reunido todo el ejército, toda la artillería gruesa y de campaña, y allí quiere el sándio que vayan á buscarlo los americanos.

Ellos harán lo que se está mirando, que mientras Santa-Anna se bambolea hecho un tronco en el sillon en que lo adulan los degradados gefes que ante él se abaten, los americanos amenazan á México, se dirigen á Veracruz y remachan sus conquistas, sin disputárselas mas que con fanfarronadas, que son las que sabe echar el vencido por todos, el fátuo Santa-Anna.

Estas son verdades duras, arrancadas del centro del corazon dolorido por la desvergüenza de ese hombre, á quien se le ha confiado la defensa total de nuestro suelo, cuando en su interior está pensando por el camino que hará su huida, y aun tendrá preparado el traje con que disfrazarse y correr, echando á los generales y gefes la culpa de todo.

Tiempo hay para el remedio: no se esponga todo por todo en manos del peor enemigo de nuestro sosiego: salgan á la palestra los héroes de la independencia; fórmense divisiones que obren á la direccion del gobierno, y quítese en un dia ese coloso, que sin servir de garantía, amenaza nuestra libertad, y aun ha asegurado á los gefes y oficiales, que á los sansculotes los amarrará en un dia, como lo hizo en 1834.

No somos traidores, como se nos querrá llamar; somos hombres que vemos el mal y queremos se repare cuando hay remedio: el congreso lo hará, no hay duda, y á la menor palabra suya, caerá esa estatua que aun insulta á México en la Plaza del Volador, y vendrá atado á responder de sus crímenes el traidor á la federacion Antonio Lopez de Santa-Anna, y con tres millones de pesos que tiene, que ha robado prostituyendo á la Nacion, haremos la guerra eterna á los yankees, seguros que nuestro triunfo será el primer dia de la marcha nacional, y no como ahora, que el triunfar nuestras armas será el eslabon primero que nos ate á la tiranía de D. Antonio.

¡Mexicanos patriotas! reflexionad, y abandonad el miedo: todo se le debe á la patria.—*La sombra de Mejía.*

La Nacion le dió á Santa-Anna una espada de honor, y lo hizo general de division por los sucesos de Tampico: le dió mas que lo que merecia. ¿Y qué ha hecho de esa espada? ¡Ah! vergüenza da decirlo! *La vendió al general Barrera.* No se necesita mas para calificar á este hombre que adora el dinero y por él vende todo: la amistad, el honor y lo mas sagrado, ¡Vender una espada que debia legar á sus nietos!

(*Artículo tomado de El Norte-Americano, publicado en sus números* 6, 7, 9, *y* 10.)

SEGUNDA PARTE

DE LA BIOGRAFIA

DE D. ANTONIO LOPEZ

DE SANTA-ANNA.

Vamos á galvanizar un pestilente cadáver, vamos á remover el inmundo terreno de un sepulcro, para presentar en su deformidad horrible el esqueleto de un hombre destruido mas que por la accion del tiempo por la carcoma de sus abominables vicios; de un hombre nacido para oprobio de la raza humana, destinado por la Providencia para ser el escándalo y el azote de nuestra patria. Tan marcadas nos parecen las cualidades que de indicar acabamos, tan esclusivamente propias del siniestro personaje á quien ellas se refieren, que no dudamos haya mexicano alguno que al recorrer las líneas que acabamos de trazar, no esclame naturalmente: "Este escrito se refiere á Santa-Anna." Y por cierto que le sobra razon á quien así se produzca, porque en efecto, y á pesar de que sentimos al emprender este trabajo una penosa repugnancia, acometemos la tarea ingrata de bosquejar la segunda parte del tenebroso cuadro que una mano mas diestra supo trazar en el folleto titulado, "Biografía del general Santa-Anna" publicado en esta capital en el año de 1849. Entonces como hoy estaba fresca todavía la memoria de las torpezas del ignorante soldado, los prevaricatos, las injusticias, y la tiranía del indigno gobernante. Entonces la sangre caliente de millares de víctimas inmoladas en la Angostura, Veracruz, Cerrogordo y Valle de México, pedia el castigo de una traicion de antemano conocida, y segun todas las circunstancias de los acontecimientos de esa época infame y proditoriamen-